

JUNTO AL PUEBLO

QUE AMO

CRISTO

Ignacio fué el hombre que se extremó en el servicio de Cristo. Sus ojos, gigantescos focos de luz proyectada en el tiempo, sus pies anclados hondamente en la tierra. Contacto con la realidad, un alma vibrando con ella. Como en el paisaje vasco en la geografía espiritual de Ignacio cada cosa estaba en su puesto. En la bifurcación de dos épocas el hombre medieval palpita en su alma abierta sin embargo, por el ímpetu castellano-portugués a la rosa de los vientos.

La figura de Ignacio es tan colosal en su arquitectura de clásica armonía, que hasta que no sacudimos de nuestros ojos los haces de luz nos es muy difícil valorarla en la realidad de sus detalles. Por éso el San Ignacio legendario, algo hurraño e inaccesible, el de Salaverria, ha sombreado el Ignacio de todos los días.

Y el Ignacio de todos los días nos cautiva con la frescura y grata variedad de su personalidad. Su corazón ardiente —quieto hervir sin estrépito— estuvo siempre muy cerca del pueblo que Cristo amó, de ese hombre de la calle anónimo y vocinglero, ansioso de novedades, castigado con mil plagas, pero que vivía su cristianismo como un instinto, o como un sentido más.

Educado en la parca elegancia de una hidalguía campesina, refinado con un baño prolongado de corte renacentista el hidalgo guipuzcoano debió tener para la turba callejera un aureo desdén. El episodio quijotesco de la arremetida temeraria, espada en ristre, contra la hilera de navarros penden-cieros, o nacionalistas efervescentes, que le impedían el paso y tal vez le salu-

daron con alguna bien teñida alusión nos revive al Iñigo hidalgo.

Después que el Señor le visitó en el dolor, legó su briosa mula al monasterio de Montserrat, ofrendó sus armas a Nuestra Señora, y dió su lucida ropa a un harapiento, el hidalgo encarnó en aquel mundo nuevo, de mendigos, estudiantes pobres, enfermos de hospitales, y huéspedes a cuarto de polvorientos mesones. Una nueva hidalguía se ofrecía al noble vasco: la de los pobres de Cristo. En una carta inolvidable a los hermanos del colegio de Padua, que sienten los apremios de la santa madre pobreza, Ignacio, años después, resume acabadamente las lecciones que fue aprendiendo en esta nueva "caballería".

"Son tan grandes los pobres en la presencia divina, que principalmente para ellos fue enviado Jesucristo a la tierra", "por la opresión del mísero y del pobre ahora, dice el Señor, habré de levantarme", y en otro lugar: "para evangelizar a los pobres me ha enviado", lo cual recuerda Jesucristo haciendo responder a San Juan "los pobres son evangelizados", y tanto los prefirió a los ricos que quiso escoger todo el santísimo colegio de entre los pobres, y vivir y conversar con ellos, dejarlos por príncipes de su Iglesia, y constituirlos por jueces sobre las doce tribus de Israel, es decir, de todos los fieles. Los pobres serán sus asesores. Tan excelso es su estado. La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno"...

Y estos pobres de que habla Ignacio no son los pobres lejanos, desinfectados e inofensivos, como los de los libros de devoción o los cuentos infantiles, sino los pobres concretos, la turba multiforme de los mendigos, los apestados, las mujeres del arroyo... El los conocía bien, y los amó como Cristo, es-carbando bajo la mugre sin nombre tras la perla inmortal.

El se hizo mendigo por Cristo, y su pierna renqueante fue dejando perfume de Cristo por todos los caminos clásicos de la vieja Europa mediterránea. Iba pidiendo limosna como uno más, con mayor galanura, y luego, de noche la repartía entre los mendigos más pobres, o impedidos, y entre los pobres vergonzantes de la localidad. Años más tarde, general de la Compañía recuerda de su experiencia de pordiosero: "Aún Séneca dice, que los pobres rien más de placer por no tener solicitud ninguna. Y bien lo demuestra la experiencia en los mendigos vulgares, que si advirtiésemos sólo su contento, ve-

riamos que viven más alegres y satisfechos que los grandes comerciantes, magistrados, príncipes y otros grandes personajes"...

Mendigando caminó a Roma, y de allí a Venecia, Jerusalén, Barcelona... Desde París salía mendigando hacia los Países Bajos y hasta Inglaterra para reunir los medios suficientes para continuar sus estudios. Bien dice un notable historiador del Santo que "la santa mendicidad fue la madre que le crió para Jesucristo hasta dejarle Maestro en Artes y Padre de sus primeros compañeros, es decir, fundador de la Compañía de Jesús"...

De sus viajes posteriores nos cuenta un compañero que daba gruesas limosnas a los pobres, y hacía pagar esplendidamente a los mesoneros al partir.

¿No es providencial que la primera morada de los hijos de Ignacio en Roma fuera la iglesita de Nuestra Señora de la Strada (la calle)? La Virgen de la calle fue la capitana de aquella tropa juvenil de estudiantes pobres, y lo ha seguido siendo de la orden poderosa que no desentona en los palacios, pero que vive en contacto con el hombre de la calle. ¿Será este contacto el que ha mantenido a la Compañía de Jesús siempre flexible, como organismo denso de vida? La algarabía de la calle llegaba a los oídos de Ignacio, y su bullicio de molesta proximidad no apagaba el rumor de la voz del Espíritu Santo en su alma, y aquel otro rumor de las muchedumbres incontables que evangelizar, cuyo eco torrencial le traían las cartas de su amado hijo Francisco Javier.

Los niños huérfanos que atendía el maestro Domenech, que luego entró jesuíta, sabían que tenían en Ignacio un padre amante y generoso. La miseria y el desenfreno hacían que abundaran en Roma las mujeres de mal vivir. "Ardiase la ciudad, dice Ribadeneira, en este fuego infernal". E Ignacio se multiplicaba prodigándose en las antesalas palaciegas buscando remedio y apoyo. No le importaban ni la ira de los licenciados ni el qué dirán, cuando se trataba de evitar un pecado, y más de una vez el pueblo respetuoso, porque le conocía bien, le vió acompañar por la calle a alguna de aquellas pobres mujeres arrepentidas hacia el monasterio de Santa Marta que él había hecho fundar para su refugio.

Entre enfermos y hospitales nació la Compañía de Jesús, y en esa palestra se ejercitaron los primeros jesuítas antes de las grandes empresas apostólicas.

"Y no sólo son reyes (los pobres), escribe en carta que redactó por su secretario Polanco, mas hacen participantes a los otros del Reino"...

Para socorrer a los pobres vergonzantes instituyó en Roma la Compañía de los 12 Apóstoles, y el Santo hacia socorrer a más de 400 necesitados en casa, a pesar de que la comunidad no tenía lo suficiente para vivir. De su paso por su patria chica, Azpeitia, después de la conversión queda como huella emocionante de su corazón unas ordenanzas que mandó para auxiliar a los pobres de la población. Llena de sentido común y caridad se podrían aplicar eficazmente aun hoy en el siglo XX.

Padre de los esclavos, de los presos y de los ajusticiados supo infundir este amor a sus hijos, que rivalizan con el Padre, y aun a veces lo superan. El caso de Claver no es una estrella solitaria en el cielo jesuítico, sino una de las más fulgurantes en una constelación innumerable.

Pero el afán mayor de Ignacio fue llevar Cristo al pueblo por la predicación sencilla y acomodada de las verdades de la fe, por la doctrina cristiana. No fue un gran orador sagrado, ni un sabio profesor de teología, pero sí un eminente catequista durante toda su vida, y aun las graves cargas de dirección de la Compañía, otros graves negocios y la mala salud no le impedían catequizar a los niños y al pueblo de los barrios romanos en su pintoresco italiano empedrado de latinismos y castellanismos. El mismo en carta a sus amigos de Barcelona reconoce su habilidad, "con la gracia del Señor" para predicar las cosas más inteligibles, fáciles y menores"... Gran importancia da en las Constituciones a la enseñanza del catecismo, y quiere que sus hijos sean eximios en este arte, y su gozo fue extraordinario al publicar San Pedro Canisio su célebre catecismo en alemán.

Herencia de Ignacio:

Ese contacto con el pueblo recibido en herencia lo ha sabido mantener siempre la Compañía de Jesús. Tal vez ello sea el secreto de su constante modernidad. Hagamos un paréntesis de siglos, que fácilmente podríamos llenar con miles de nombres distinguidos. Hoy más que nunca están los hijos de Ignacio presentes al pueblo, encarnados en él. En múltiple presencia imposible de reseñar. En el campo de la educación de los hijos del pueblo innumerables escuelas de instrucción elemental y técnica repartidas en todo el mundo. Sólo

en España los jesuitas dirigen unas 40 escuelas profesionales o técnicas en las que se educan miles de jóvenes obreros, que serán mañana fermento cristiano en el medio laboral. En Estados Unidos son las "Labor Schools" que al amparo de los colegios y universidades jesuíticas forman miles de obreros adultos para las responsabilidades de la vida sindical y profesional. En Brasil es la fuerza inmensa de los "círculos de obreros" del P. Brentano. En Chile el P. Hurtado Cruchaga, muerto en su madurez sacerdotal, ha formado escuela.

En el campo de la sociología cristiana citemos sólo las revistas "ACTION POPULAIRE" en Francia, "Fomento SOCIAL" en España, "SOCIAL ORDER" en USA, que reúnen en su torno a equipos especializados de sociólogos y trabajadores sociales y ejercen un influjo profundo en sus respectivos países. En el campo de las organizaciones obreras cuentan los jesuitas con un fuerte saldo positivo. "El Padre de los muelles de Nueva York" de la impresionante película "nido de ratas" es la personificación del P. Corridan de la residencia de San Francisco Javier de Nueva York... El P. Hogan en Manila ha acabado con la explotación del peón y de los cargadores del puerto organizándoles en fuertes sindicatos. Miles de jesuitas trabajan hoy con el pueblo, muchos identificados con él. Como cerebros en el mundo complejo del sindicalismo y las organizaciones obreras cristianas, o como simples misioneros que evangelizan a los pobres. No son sólo las voces multitudinarias de Lepich en Alemania, Lombardi en Italia agitando las muchedumbres con su carga explosiva de evangelio puro... Es mi amigo entrañable que recorre los bosques del Canadá francés evangelizando a los leñadores en sus campamentos invernales a temperaturas polares; el heroico capellán de los gitanos y saltimbanquis de Francia que murió hace unos años idolatrado de su mundo pintoresco; el sacerdote obrero car-

gado de títulos académicos y condecoraciones de guerra pero que sólo ostenta con orgullo el ser obrero como Jesús; el jesuita anónimo —y son innumerables— que después de sus clases universitarias, o entre conferencia y conferencia... recorre las "favelas de Río Janeiro, o las chavolas madrileñas, o la "banlieue" parisiense llevando amor y evangelio; o el que entierra una vida de estudios brillantes en alguna de las 16 leproserías que tiene a su cargo la Compañía de Jesús...; el misionero —más de 5 mil— que llevan la luz de Cristo a innumerables muchedumbres ignorantes de la verdad...

También en nuestra patria la Compañía de Jesús ha sido fiel a su herencia y los nombres de bendición de Martín Odriozola y Gastaminza perduran aún fragantes en la memoria de todos y en el corazón de muchos. Acaba de morir el P. Ponciano López Davalillo, maestro inolvidable del apostolado catequístico. Dos escuelas numerosas para los hijos del pueblo y el Hogar de la Virgen de los Dolores, generosa realización del Padre Barrena, para muchachos sin hogar. Una parroquia obrera. El simpático movimiento "FE Y ALEGRÍA" para ayudar al niño pobre con una red de escuelitas en los barrios caraqueños, y una magnífica escuela tecnológica. El Circulo Obrero con fuerte ramificación en todo el país. Y una intensa evangelización en los barrios. La hermosa obra "SANTIFICADORA DEL HOGAR" cristianiza las familias del pueblo, y la Cooperativa Javier se perfila como una obra social-económica de enorme eficacia en favor del pueblo. Y esto sólo en Caracas. En Maracaibo, Mérida, Península de Paraguaná los jesuitas se multiplican en favor del pueblo, de ese pueblo que amó Cristo.

Ignacio puede estar satisfecho. Sus hijos no sólo han conservado la preciosa herencia, sino que la han acrecentado como los "servidores buenos y fieles" del evangelio.

JUAN M. GANUZA, S. J.

